

Barcelona Agosto 78
29

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS
DOS CAZADORES

PASILLO CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ.

MUSICA DE

DON GUILLERMO CERECEDA.

Representado en el Teatro Español de Barcelona, en la noche del
7 de agosto de 1878, á beneficio de la primera
contralto, D.^a Consuelo Montañés.

392

MADRID.
EDITOR—D. EDUARDO FIDALGO.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

L47 - 7152

25117-71152

35

LOS DOS CAZADORES

MÚSICA

PASILLO CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ,

MUSICA DE

DON GUILLERMO CERECEDA.

Representado en el Teatro Español de Barcelona, en la noche del
7 de agosto de 1878, á beneficio de la primera
contralto, D.^a Consuelo Montañés.

FIN



MADRID.

EDITOR—D. EDUARDO HIDALGO.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1878.

AL
DOS CAVALDORRES

Sr. D. FRANCISCO GARCIA GOYENA

Por donde, por el presente y por copia

El Autor

AL

SR. D. FRANCISCO GARCÍA GOYENA

Por deber, por gratitud y por cariño

EL AUTOR

REPARTO.
ACTO ÚNICO.

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSA (lavandera).

PÉDRO PÓNCE (sargento de caballería).

JUAN CARRANZA (mancebo de botica).

TORIBIO (mozo de cordel).

SRA. MONTAÑES.

SR. JIMENO.

SR. TORMO.

SR. MARTINEZ.

ESCENA PRIMERA.

Época presente.

MÚSICA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO
ACTO ÚNICO.

ACTORES

PERSONAJES

La accion se supone en Madrid. -- Sitio pintoresco á orillas del Manzanares; prendas de ropa pendientes de cuerdas amarradas á los troncos de los árboles y á varias estacas hincadas de trecho en trecho en el suelo; otras tendidas sobre la yerba. Un árbol grande en primer término.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, terminando de tender la ropa.

MUSICA.

Yo soy de la pradera

la maravilla;

la mejor lavandera

que hay en la villa.

Del mes de mayo

nací una tarde

en las riberas

del Manzanares;

mi pobre cuna

junto á sus aguas

meció el ambiente

del Guadarrama,

y es mi Patrona

piadosa y buena,

la Virgen santa

de la Almudena.

Yo soy la lavandera

de esta pradera

la mejor flor;

si alguna maravilla

tiene la villa.

esa soy yo
 Dicen por ahí que tengo
 muy buenas vistas,
 y es que vivo en el barrio
 de las Vistillas.

Tras este garbo,
 tras esta sal,
 los corazones
 penando van.
 Siempre de paso
 entro en la ermita
 de San Antonio
 de la Florida,
 y al Santo pido
 por caridad...
 lo que á mis años
 es natural.

Que si soy lavandera
 de esta pradera
 la mejor flor,
 si alguna maravilla
 tiene la villa,
 esa soy yo.

HABLADO.

Ya concluí de tender;
 no lava en el Manzanares
 otra mas lista que yo:
 y no es decir que la Cármen
 y la Anastasia y la Petra
 con mas piezas que yo bajen;
 es que yo tengo unas manos
 pá dar jabon, y pá darle
 restregones... camison
 que yo lavo, ya se sabe,
 ¡no digo que no le tengan
 que zurcir ó echar un parche,
 pero blanco... el Guadarrama
 queda á su lao en pañales!
 Por eso aquel deputao

á quien lavaba mi madre,
 queria que en sus camisas
 no pusiera mano naide
 mas que yo. ¡Y cuántas cosas
 que me decia el pillastre!
 Al prencipio... ¡ya se ve!
 ¿qué ha de hacer una? fiarse;
 se venia de paseo
 al rio todas las tardes,
 y una de ellas, no sé qué
 buscaba ¡misté qué lance!
 que se encontró una quantá
 que le arrancó dos quijales,
 y tuve que concluir
 de quererle, y de lavarle.
 Me quiere ahora un sargento
 de los de á caballo, ¡ay madre
 y qué embustero! andaluz;
 y además un praticante
 de farmacia, un endeviduo
 que paece memo; ¡que diantre!
 pero como están perdios
 los hombres, no hay que mirarse
 y cargar con el primero
 que se preporcione, y paté.

ESCENA II.

ROSA y TORIBIO, con una cesta con viandas.

- TORIBIO. ¡Rusita!
 ROSA. ¡Hola, Toribio!
 TORIBIO. Vengu corriendu buscándute.
 ROSA. ¿Pües qué ocurre?
 TORIBIO. Ya verás;
 traigute, mira, fiambres; (Mostrando lo que
 trae en la cesta.) una lonja de jamon
 aliñada con tomate.

truchas fritas, dos butellás
y quesu y fruta y dos panes.

ROSA.

¿Pero, de adonde traes eso?

TORIBIO.

¿Que de donde? ¡Esu es lu grande!
Diómelu todú en la cesta...

ROSA.

¿Quién, quién?

TORIBIO.

Deja que descanse
que vengu echandu lus bofes.
(Sentándose.) ¡Ajajá! ¿Ya remataste
de lavar?

ROSA.

Si.

TORIBIO.

Pues me alegru.

¿Y de tender?

ROSA.

Tambien.

TORIBIO.

(Limpiándose el sudor con el pañuelo.) ¿Sabes
que hace calor?

ROSA.

Lo que quiero
saber, es como...

TORIBIO.

¡Diantre,
espera un pocu!

ROSA.

¿Qué posma!

TORIBIO.

En la plazuela del Ángel
y en la esquina en donde parú,
tendidu en la acera hallábame
esperandu algun mandadu,
ó á lu menus, que bajase
la Duminga á la taberna
comu siempre, á cunvidarme
á una copa de aguardiente,
cuandu de prontu oigu un sable
haciendu: qui tric qui tric
pur las piedras de la calle,
y una pata culurá
con un hule en el remate
sientu, que entre nalga y nalga
unas cusquillas me jace;
y una voz que al mesmu tiempu

- grita: «farruco, levántate.»
 Alzume, y era el sargentu
 Pedru Ponce; en un instante,
 díjume: lleva esta cesta
 a la Rosa, y de mi parte
 que me aspere a merendar
 aluegu en el riu, y dale
 espresiones y esta carta;
 y díome un papel que tráigute
 y un pitillu nacional
 y un mistu y un perru grande.
- ROSA. Bien: dáme la carta y véte.
 TORIBIO. Ten la carta; peru antes
 sabe, Rusita, que tengun...
 ROSA. ¿Qué?
 TORIBIO. Un disgustu muy grande.
 ROSA. ¿Y qué es ello?
 TORIBIO. La Duminga
 rabiandu está pur casarse.
 ROSA. ¿Tu la quieres?
 TORIBIO. ¡Comu un burru!
 ROSA. Pues te casas.
 TORIBIO. No me hables
 de casoriu: a cuatru vacas
 y a mi mantiene mi padre,
 y nu es razon que yo ahora
 sin miramientu me case
 y le aumente la familia.
 Comu la Duminga sabe
 estu mesmu, dame celus
 con un paisanu que á echarle
 vá el agua, y cun el retozo,
 y le guarda los subrantes
 de los amus...
 ROSA. ¿Y qué?
 TORIBIO. ¿Y qué?
 Qué tengun muchu curaje,

y como pille al paisano...
 Voy à ver si ahora la Cármen
 que lava en cá la Duminga
 algu tiene que cuntarme. (Váse.)

ESCENA III.

ROSA.

Me escribe uno de mis dos
 pretendientes, y en ofrenda
 de su cariño, merienda
 me manda. ¡Válgame Dios!
 ¿Á quién me debo inclinar?
 ¡Mi pensamiento es tan vario!
 Me conviene el boticario
 y me gusta el melitar.
 Pero temo, y con razon,
 turbe el uno mi contento
 y entre jarabes y unguento
 me haga pasar el Japon;
 y que el otro, á mi entender,
 si el pleito á su favor fallo,
 quiera mas á su caballo,
 mucho mas que á su mujer.
 Mi madre me dice: «Rosa,
 los hombres son muy tunantes;
 toos precipian por amantes
 y acaban... por cualquier cosa.»
 Por esta causa ¡canario!
 no se puede una arriesgar...
 me entusiasma el melitar!
 me conviene el boticario.
 En fin, que cuadre ó no cuadre
 hagan méritos los dos,
 y al que me depare Dios,
 que se lo cuente á mi madre.
 Veamos qué dice el guerrero:
 cada letraza es de á cuarta;

así se llena una carta
y se consume un tintero.

(Lee.) «Sabrás, mi Rosa preciosa,
que estuve ayer de reten

y que no me encuentro bien
porque no te he visto, Rosa.

Y como estoy consumio
y es el mirarte mi aquel
concluyendo en el cuartel
te voy á buscar al río.

Espérame en él, mi prenda;
con el farruco que baja,
el ahorro de la paja
te lo envío de merienda.

Recibe memorias mías
y del furriel; á mi potro
le salió otro grano; el otro
se le curó hace dos días.

El del furriel es de bronce,
come como un sabañon,
afectos del escuadron,

tuyo siempre: Pedro Ponce.»

¡Vaya! hoy comen de vegilia
los caballos; ya estoy harta...

este no escribe una carta
que no hable de su familia.

ESCENA IV.

ROSA y JUAN que aparece por la derecha.

MUSICA.

JUAN.

¡Mi lavandera!

ROSA.

(¡Ay, San José;

el boticario!)

JUAN.

¡Por fin te hallé!

En mi farmacia

bello ideal,

falta tu gracia,

falta tu sal;
 que en esa boca
 linda cual flor
 está el jarabe
 que busco yo.

ROSA.

Pues esta gracia,
 pues esta sal,
 en su farmacia
 no se verán;
 porque esta boca
 que mira usted,
 no es de jarabe,
 sino de miel.

JUAN.

Palabra y mano
 te ofrezco aquí
 y a más con ellas
 un porvenir.

ROSA.

Ya eso me gusta,
 me hace tilín;
 diga en qué funda
 su porvenir.

JUAN.

En la calle de la Luna
 hay un célebre doctor,
 y yo soy por mi fortuna
 su heredero y sucesor.

Los desahuciados
 á verme irán,
 y su dinero
 me dejarán.

¡Ah!

Con aceite de coco y harina,
 potasa y quinina
 cápsulas haré,
 que después rebizadas con brea
 serán panacea
 que propinaré.
 Y con remedio tan eficaz,
 los que no mueran se salvarán.

Pildoras aquí,
 pildoras allá,
 pildoras, pildoras, pildoras,
 pildoras, pildoras y nada más.

ROSA.

Si es de veras heredero
 del doctor que dice usted,

muy pronto le pronostico
una jaula en Leganés.

Los desahuciados
allí no irán
porque escamados
se encuentran ya.

¡Ah!

Con aceite de coco y harina,
potasa y quinina
cápsulas tendrá,
que despues rebozadas con brea
serán panacea
que hará reventar.

Si otro remedio no tiene usted
nos moriremos de hambre à la vez.

Quitese de aqui,
hágase usted allá,
quitese, quitese, quitese,
quitese, quitese, déjeme en paz.

HABLADO.

JUAN.

Lavandera celestial,
agua de flor de violeta,
la mas eficaz receta
que existe para mi mal:
mi corazon te destapo
ya que amarte decidi;
¡ ay! yo seré para tí
especie de esparadrapo
que no podrán despegar,
pues te quiero de tal suerte,
ni las ansias de la muerte
ni toda el agua del mar.
¡ Jesús, y qué amor!

ROSA.

JUAN.

Veneno
el mas lento à mis pesares:
del tísico Manzanares
voy à espirar en el seno,
si no ahuyentas los enojos
con que una vez y otra vez

¿tus ojos de humo de pez,
comunican á mis ojos? Pues
Jarabe en dorada copa:

de aspirar estoy sediento
todo el opio de tu aliento,
de toda la sal de tu boca:

¿Por qué, bella glicerina,
siendo á mis píldoras árida,
picas como la cantárida
y matas cual la morfina?

Si es que un síncope fatal
el corazón te enajena,
te daré la yerba buena,
la melisa y el cloral.

Todo el arte terapéutico
podrá aplicarte al instante
tu Juan Carranza, tu amante
servidor y farmacéutico.

ROSA.
Mire usted, yo no soy manca,
y pues pretende mi mano,
en estilo mondo y llano
le voy á ser á usted franca.
De los hombres, el mejor
es un tuno de primera,
que tiene para cualquiera
siempre palabras de amor.

Todo en ellos es fingir,
prometer para lograr,
ver lo que pueden sacar
y ojos que te vieron ir.

Yo de ninguno me fio,
conozco todas sus tramas
y sé que tienen escamas
como las truchas del río.

JUAN.
Esta es la verdad, Canario!
Permiteme que me asombre:

¿me comparas con el hombre?

ROSA.

¿Pues qué es usted?

JUAN.

Boticario.

Sér, que no conserva más
del hombre que la figura;

que está en perpétua clausura

esclavo de los demás;

esperanza del paciente

que sufre en amargo duelo;

calmante, alivio y consuelo

de la humanidad doliente.

Sér que en la farmacopea

tuvo la inmensa fortuna,

de hallar el misterio de una

universal panacea.

Sér que combatiendo fiero

un ejército de males,

son sus armas principales

la espátula y el mortero.

Sér que tiene la virtud,

te lo digo sin rebozo,

de hacer del agua del pozo

un manantial de salud.

Sér que con suma eficacia

y atento á los recetados,

aguarda á los desahuciados

siempre fijo en su farmacia.

¿Quién, pues, permanece sério

del mal ante la borrasca;

quién mas impasible atasca

de muertos el cementerio?

Y en fin, por si no bastó

este razonar profundo,

¿quién se marcha al otro mundo

sin pasaportarlo y óy

Por lo tanto, no te asombre

si he juzgado necesario

- probarle que el boticario
es muy distinto del hombre.
- ROSA. ¡Já, já! Me hace usted reír.
- JUAN. Te burlas?
- ROSA. No.
- JUAN. Considera,
que yo no soy un cualquiera.
- ROSA. Ya lo veo.
- JUAN. Siento un fuego abrasador...
tengó en el pécho una fragua.
- ROSA. Ahora el río tiene agua.
- JUAN. Si es que me pica el amor.
- ROSA. Pues empiece usted á rascar,
que es lo mejor, si le pica.
- JUAN. (Este demonio de chica
está dura de pelar.)
¿No quieres dar un paseo?
Si concluíste de tender,
ven y ayúdame á coger
flores de malva.
- ROSA. ¿Te voy?
- JUAN. ¿No me acompañas?
- ROSA. ¿Yo? ¡Quíá!
- JUAN. Ve que mi desdicha labras.
- ROSA. ¿Quién se fia de palabras!
- JUAN. Yo te juro.
- ROSA. Oiga usted acá: (Indicándole que
se acerque)
Ruperta, moza inesperta
pero de esas de trapío,
bajaba á lavar al río,
y ya no baja Ruperta.
Con un amante, un chaval
con quien andaba á toas horas,
salió una tarde á por moras
y se manchó en el moral.
Desde entonces, la opinión
dijo, y ha salido cierta.

- que la mancha de Ruperta
no saltá con el jabón.
- JUAN. ¿Qué poco recápacita
quien tal dice! ¿Quién ignora
que la mancha de la mora
con otra verde se quita?
- ROSA. Pues ahí tiene usted el apuro,
que como el tiempo se pierde,
dejaron pasar lo verde
y ya está el fruto maduro!
- JUAN. ¿Qué tiene que ver si es cierta,
con las malas esa historia?
- ROSA. Ellas traen á mi memoria
las moras de la Ruperta.
- JUAN. ¿Y no me acompañarás?
- ROSA. No en mis días, no vé usted
que son malas?
- JUAN. ¿Y qué?
- ROSA. que ellas lo dicen: «mal vas.»
- JUAN. Está bien; no mas te ruego;
ya conoces mi pasión,
pronto una resolución
toma que calme este fuego.
Ahí te quedas, me voy solo;
si al volver te halló tirana,
tomó una toma mañana
de aceite de vitriolo. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

- ROSA. Con un cheval
con quien andaba á los horses.
Abur. Quien no te conozca
que te compre. ¡Vaya un mozo!
¿Qué se le habrá figurao?
¡Calle; pues aquí está el otro!

ESCENA VI.

ROSA Y PEDRO.

PEDRO. Dios guarde á la reina de España.

ROSA. Adios, Pedro.

PEDRO. ¡Olé, chiquilla!

¿Has resebio la carta
 escrebia en la cantina
 con esta mano y dirtá
 por este pecho de armiba,
 dempues de curá ar potro,
 que le ha salio en la espiniya
 á móo é divieso, una cosa
 que tié la figura misma
 de una mataura?

ROSA. Sí: Si
 acabo de recibirla.

YEDEO. Pos yo te escrebí porque
 no créas que es fantasia
 ni arguyo; porque me dije:
 le mandaré á la Rosiya
 un *laudeamus*, cabal.
 Sabrás que no habia tortiya;
 merendaremos los dos,
 estás? Pus como desia:
 el potro me tié en cudiao;
 dende anteayer que no tira
 una coz, se ha güerto otro;
 oye: el mariscá opina
 que el mal lo tié en la hipodermis.

ROSA. ¿Y eso qué es?

PEDRO. Serujia.

¡Si tu lo vieras, mujer,
 tié toa lo cara amarilla!

ROSA. ¿El mariscál?

PEDRO. No, señora,
 el potro; si tié iterisia

- al mesmo tiempo. Miá tú,
ayer, despues de la lista
me fi á la cuadra, ¿y querrás
que creé no lo conosia?
Estaba tóo demudao
y con faisiones destintas.
- ROSA. ¿Pero tú vienes á hablarme
de amor ó caballerías?
- PEDRO. Yo vengo, sol de los soles,
á mirar tu presoniya,
á levantarte la ropa.
- ROSA. Eh?
- PEDRO. La que tienes tendia;
á comernos la merienda,
y á acompañarte á la Viya.
- ROSA. Mira, Pedro, que á mi madre
no le gustan compañías
y menos de militares.
- PEDRO. Justamenté en la melisia
estamos los güenos mosos.
Tu mare nos tiene firria.
- ROSA. Mi madre ya está cansá
de tanta palabreria;
¿estás? obras son amores;
si me quieres, enseguida
vámonos en cá el vicario
y en tres semanas.
- PEDRO. Atisa!
No seas súpita, mujé,
tóo se andará, nó seas niña.
Hoy, la ordeñansa; Tú sabes
lo que es la ordenanza, hija?
Pos es un libro; cabal
un libro... que á uno le priva...
¿Pero que entiendes tú de eso?
es una especie é consirna,
que tóo lo trae por antriculos,

- como la orden del día.
- ROSA. ¿Y eso qué tiene que ver...?
- PEDRO. ¡Pos friolera! Tú descuida que antes cumpliré contigo que con el rey, es la fija.
- ROSA. ¿Por qué no hablas a mi madre?
- PEDRO. Ya le hablaré.
- ROSA. ¿Si? Pues mira, en tanto que no lo haces ni quiero tu compañía ni te escucho una palabra.
- PEDRO. ¡Mujé, por María Santísima no tomes el trote largo; vé mas al paso, chiquilla! ¿Tú quiés que yo me desboque? ¿Qué dirá la señá Rita si me presento á eya así? Hay que haserlo con pulitica y con güena forma. Oye; vén acá, no seas arisca. El primer dia de gala que me pondré la levita y el casco con el plumero y las cruses y las sintas y los guantes, ya verás: iré á haserle una vesita.
- ROSA. Oye, mi madre, Perico, no quiere perfles, mira á las gentes por sus hechos, no por su ropa.
- PEDRO. Pero hija aguantaté una semana; no toques á botasiya. ¿No ves que el potro está malo?
- ROSA. ¡Vuelta al potro!
- PEDRO. ¡Qué faitigas estoy pasando! ¡Huyuyuy!

- ¡Si me diesen la consirna
de tomarte por asalto! (Queriendo abrazarla.)
- ROSA. ¡No seas bruto!
- PEDRO. ¡Escucha!
- ROSA. Quita,
que voy á ver si á mi madre
le hago falta. Mientras, cuida
de esa ropa.
- PEDRO. Pero vuelves
á merendar?
- ROSA. Sí, descuida.
- PEDRO. Pues trota.
- ROSA. ¿Qué dices?
- PEDRO. Que andes
un poquiyo mas aprisa.
- ROSA. Crei.
- PEDRO. ¡Qué estampa; qué cuartos!
- ROSA. ¡Al fin de caballería!

ESCENA VII.

PEDRO.

¡Vea usté lo que es una mosa
que está por uno deshecha!
y es natural; como uno
tiene esta... presepoppeya
y este aquel, ha barruntao
que pué llegar á sargenta.
¡Pobresiya! ¡si el casorio
es cosa que á mi me apesta!
Vale más pasar el tiempo
así... por si algo se pesca...
que se pescará; cabal.
¡Pos si con esta presensia
y este aire, tengo rendias
las mayores fortalesas!
Vamos mientras eya güerwe

á prepará la merienda. Saca de la cesta las viandas y las coloca sobre una servilleta que tenderá en el suelo.)

ESCENA VIII.

PEDRO y TORIBIO.

TORIBIO. ¡Malhaya mi suerte perra, (Compañito)
y mi fortuna tambien!
nu me quiere la Duminga,
y vamos á ver, ¿pur qué?
Dijumé Carmen que diju
nu quererme por infiel;
¡infel yo! si hubiera dichu
que era un animal, un buey,
pase: peru infiel, ¡canariu!
Infel yo nu sé que es,
peru ha de ser cosa mala,
muy mala, y pur que otra vez
no me lu llame, me cuelgu,
y no sufru más, y amen.
¿No soy un mózu de cuerda?
pues me ahoreu con el eürdel,
hágume un lazu en el cuèllu. (acompañan-
do la accian.)
y luego en un dos pur tres...

PEDRO. ¿Qué es lo que haces, gallegaso?

TORIBIO. Sargentu, déjeme ustez,
voy á quitarme la vida.

PEDRO. No seas bestia.

TORIBIO. ¿Qué he de hacer,
si estoy deshunradu?

PEDRO. ¡Cuerno!

TORIBIO. Sí señor.

PEDRO. Esplicáte.

TORIBIO. La Duminga á quien queria,
dióme calabazas.

PEDRO. ¡Bien!

TORIBIO. Mal digu yo. Nu me queju
de esa fruta, sinu de...

- PEDRO. Vaya, revienta.
 TORIBIO. Insultóme
 diciendo que soy... si es
 una frase!... lu mejor
 es que me cuélgue.
- PEDRO. ¿Otra ves?
 Arre allá, venga esa cuerda.
 ¿Qué es lo que te dijo?
- TORIBIO. ¡Infíel!
- PEDRO. ¿Y por eso cachó é bruto
 ibas á darte mulé?
- TORIBIO. Es que tengo esa palabra
 aquí, y nu sé qué es.
- PEDRO. Yo te lo diré, avestruz:
 infíel, entiéndelo bien,
 es una palabra... turca,
 de origen griego, la que
 tradusia, quié isir moro.
- TORIBIO. ¡Yo moru! (Riendo.)
- PEDRO. Pos eso es.
- TORIBIO. Entonces ya no me matu.
- PEDRO. ¡Claro, y por una mujer!
 El hombre, debe ser hombre,
 me has entendió? ¿pues qué!
 quien por una hembra se mata
 es hombre? Lo que has de haser
 es lo que yo, camelar
 con salero y con aquel;
 ¡si la hembra es como una yegua!
 por muy amaestrá que esté,
 ponle con tiento el bócao,
 sujeta la rienda bien,
 y no le arrimes espuela
 como seguro no estás.
- TORIBIO. ¡Já, já! es ustez curridu!
 ¡Cuántu, cuántu sabe ustez!
- PEDRO. Aprende á ser casar,

- yo me entretengo en tender
 mis redes, de la plasueta
 de Oriente á Carabanchel,
 del Canal á Recoletos,
 y desde aquí á Lavapiés.
 TORIBIO. Peru la Rosa...
 PEDRO. La Rosa,
 es palomiya sin hiel
 que tengo en asecho ahora
 por si se cuela en la ré.
 TORIBIO. Yo pensaba...
 PEDRO. ¿Qué pensabas,
 soy yo quinto? Escucha bien:
 Te advierto que si me espantas
 la casa...
 TORIBIO. Descuide usted.
 PEDRO. De un sablazo te deslomo;
 conque ojo al cristo, gaché.

ESCENA IX.

DICHOS y JUAN.

(Con un manojo de malvas en la mano.)

- JUAN. Ya estoy de vuelta. ¡Qué veo,
 Pedro Ponce!
 PEDRO. ¿Juan Carransa,
 qué le trae por el rio,
 que así deja la farmasia?
 JUAN. Vine por dar un paseo.
 ¿Y usted, terror de las faldas,
 á qué viene?
 PEDRO. Yo hé venio...
 calcúlelo usted.
 JUAN. ¿De caza?
 PEDRO. Cabal, y vale la pena;
 es una mosa barbiana.

- JUAN. Pues yo, guardeme el secreto,
vengo a lo mismo.
- PEDRO. ¡Qué gracia!
con que los dos... ¡Choque usted!
- JUAN. La mia por aqui lava.
- PEDRO. Pues, lo mismo que la mia.
- JUAN. ¿Tambien lavandera?
- PEDRO. ¡Vaya,
lavandera con un taye
y unas faisiones de cara!.
- JUAN. La mia es raro portento
de hermosura, una muchacha
como una flor, y de flor
el nombre tiene, se llama
Rosa.
- PEDRO. ¿Qué me dise usted?
¿tiene una mare mu flaca
tuerta del ojo disquierdo?
- JUAN. ¿La conoce?
- PEDRO. ¡Juan Carransa,
que se ha metio usted en terreno
vedao!
- JUAN. ¿Yo? ¡Virgen santa!
¿será la misma?
- PEDRO. La mesma.
¡Voto á Sanes!..
- TORIBIO. (Ya piafa.)
- PEDRO. Déjeme usted el campo libre
si no quiere que le abra
la cabeza de un sablaso.
- JUAN. ¡Yo, cederle el puesto! Nada
me intimida.
- TORIBIO. (Aqui vá á haber
¡Jeña en gordu)
- PEDRO. ¡Usted le engaña!
- JUAN. Usted mas.
- PEDRO. ¡Soy melitar.

JUAN. ¡Calígula!
 PEDRO. ¡Cataplasma!
 JUAN. ¡Tengo fuero!
 PEDRO. ¡Y yo fuero!
 JUAN. Ella me quiere.
 PEDRO. Bobada.

JUAN. á quien quiere, á quien adora
 es á mi.
 PEDRO. ¿Con esas patas
 y ese cuerpo de langosta,
 viene usted aquí echando plantas?
 JUAN. Cuidadito con la lengua.
 PEDRO. ¿Lo degüeyo?
 TORIBIO. (Interponiéndose.) ¡Vamus, basta.)
 JUAN. ¡Incivil!
 PEDRO. ¡Ensevil, yo?
 ¡Caballería, á la carga!.. (Tira del sable.)

ESCENA X.

JUAN y ROSA.
 ROSA. ¡Alto! ¿qué es eso? (Deteniendo á Pedro.)
 PEDRO. ¡Rosiyá!
 no me detengas, mujé!
 ROSA. ¡Quita!
 PEDRO. Le voy á rompé
 á ese moso una costiya.
 ROSA. Vamos, todo se acabó.
 PEDRO. ¡Si he de degoyarlo!
 TORIBIO. ¡Malu!
 voime, si se pierde un palu
 puedu encontrármelu yo! (Váse.)
 JUAN. ¡Qué bruto!
 ROSA. No haya pelea,
 ¿gestamos? de lo contrario
 no te vuelvo á hablar.
 PEDRO. ¡Canario!

- ROSA. Haya paz entre los dos
 que ya hablaremos despues.
 Ahora á merendar los tres
 en paz y en gracia de Dios.
- JUAN. No me opongo. (Se sientan sobre la verba en dis-
 posicion de merendar.)
- PEEAO. (Vaya un tio!
¡que haya hombre que no se corra!...
Y merendará de gorra!)
- JUAN. (Así tomaré mas brio) (Con la boca llena.)
 Mi apetito el sitio agreste
 escita en esta ocasion.
- PEDRO. (¡Anda, mi probe jamon,
 cómo se lo jama este!)
- JUAN. Venga la bota.
- ROSA. (Dándola.) Allá va.
- PEDRO. (¡Cómo empina!)
- JUAN. (Bebiendo.) ¡Rico mosto!
 ¡Qué calor!
- ROSA. Como de agosto.
- PEDRO. (Este pilla la tajá.)
- ROSA. ¿Y por qué fué la cuestion?
- JUAN. Por que el señor imprudente,
 piensa asustar á la genté,
 echándola de maton.
- PEDRO. Hombre, no sea usté embustero;
 sabe, que me ha dicho á mi
 que se quiere divertir
 á costa tuya, salero.
- JUAN. Eso con tosofo lenguaje
 es lo que dijo ese vándalo.
- PEDRO. (Aquí va á haber un escándalo)
- JUAN. No es malillo éste brebaje. (Bebiendo.)
- PEDRO. No te fies. (Al oido á Rosa.)
- JUAN. ¡Ojo alerta! (Lo mismo)
- PEDRO. Es un tuno!

- JUAN. ¡Es un traidor!
- PEDRO. ¡Acuérdate de mi amor!
- JUAN. ¡Acuérdate de Ruyenda!
- ROSA. Yo vengo de buena casta
quiero cariño, dulzura...
- PEDRO. ¡Si yo soy tío confitura!
- JUAN. ¡Si yo tengo buena pasta!
- PEDRO. ¡Yo miel, como tú me ampares!
- JUAN. ¡Yo jarabe de peonia!
- ROSA. Pues esta es la sal que cria
Madrid en su Manzanares.
- PEDRO. Olé, gachona, me jundo:
ni enfrente del enemigo
estoy yo como contigo;
me voy á comer er mundo!
- ROSA. Basta, no hagamos el coco,
vamos á lo que interesa.
- JUAN. ¿No fias en mi promesa?
- ROSA. No.
- PEDRO. ¿Y en la mía?
- ROSA. (Levantándose.) Tampoco.
Yo voy á decir quién soy,
despues de escuchar mi arenga,
aquel á quien le convenga
que lo diga, que aquí estoy.

MÚSICA.

- ROSA. Al darme Dios esta cara
y este garbo y este aire,
dióme también el cacúmen
pá no divertir á nadie;
el mozo que me pretenda
al momento ha de buscar
padre cura que nos case,
monaguillo y sacristan.
Déme el que quiera
palabra y fé,
y á la parroquia.

- con él irá;
 que yo prometo
 que muy feliz
 al poco tiempo
 bailará así.
- PEDRO y JUAN. Sabe esta moza
 mas que Merlin,
 pero no es fácil
 me pesque á mí.
 ¡Ole con ole, (Tocando las palmas.)
 Rosa de abril!
 ¡Dale que dale!
 Venga de ahí!
- ROSA. Limpia como una patena
 ha puesto mi mano el rio,
 el mozo que la pretenda
 tiene que jugar muy limpio;
 que si por su suerte perra
 me hace alguna vez traicion,
 como que soy lavandera
 le puedo dar un jabon.
 Déme el que quiera
 palabra y fe,
 y á la parroquia
 con él irá;
 que yo prometo
 que muy feliz
 al poco tiempo
 bailará así.
- PEDRO y JUAN. (Sabe esta moza
 mas que Merlin,
 pero no es fácil
 me pesque á mí.)
 ¡Ole con ole,
 rosa de abril!
 ¡Dale que dale!
 Venga de aquí! (Bailan los tres.)
- ROSA, HABLADO
 Conque vamos; ¿quién me quiere?
 JUAN. ¡Por ti padezco martirio,
 te adoro con un delirio!..
 ¡Ay! ¿quién por tí no se muere?

- ROSA. Esta es mi mano.
- PEDRO. ¿Que escucho?
- ROSA. Esta es mi mano.
- JUAN. ¡Ya veo!
- ROSA. Vamos.
- JUAN. ¡Si tengo un mareo!..
- ROSA. ¿No dice me quiere?
- JUAN. ¡Mucho!
- PEDRO. ¡Por vía del boticario!
- ROSA. ¡Chiton!
- PEDRO. Mira, Rosa, que...
- ROSA. Vamos, hombre, tome usted, que nos espera el vicario.
- JUAN. (Esto ya no me hace gracia.)
- ROSA. ¿No me ama?
- JUAN. Por de contado; aguarda á que tome el grado de licenciado en farmacia.
- ROSA. ¡Eh! yo no espero á mañana.
- JUAN. (En tus redes no caeré, prudencia, y la turca me libraré de esta cristiana.) (Bebiendo.)
Estoy muy malo, perdona.
- ROSA. ¿Así se porta la gente?
- JUAN. ¡Por Dios, hija, sé prudente!
- ROSA. Vaya usted á dormir la mona. Perico, ya lo has oído, para que á mi gusto cuadre, ven y hablarás á mi madre si quieres ser mi marido.
- PEDRO. ¡Mujer, mañana ó el otro!
(Es lista, mas no me piya)
- ROSA. ¿Y ese es tu querer?
- PEDRO. ¡Chiquiya!
¿no ves que está malo el potro?
- ROSA. Pues adios: no haya disputa, todo se acabó y amen.

PEDRO. Aspérate à que me den
la licencia dirsoluta.

ESCENA XI.

DICHOS y TORIBIO. (Con una carta.)

TORIBIO. ¡Rusita!

ROSA. ¿Qué hay?

TORIBIO. Un papel,
que tu madre hace un momentu
me entregó para el sargentu.

PEDRO. ¡La letra é mi coronel!
A ver? (Lee) «Ponce, aunque de bronce
tenga usted el corazon,
me han dicho que es un bribon,
y vamos á cuentas, Ponce.

Que á una lavandera quiera,
nada supone en efecto;
pero pone usted en concepto,
muy malo á esa lavandera.

En el cuartel, el furriel
murmura y el escuadron,
y goza mala opinion
esa niña en el cuartel.

Su madre, aunque á usted no cuadre,
á mi á quejarse ha venido,
y yo, Ponce, he decidido
satisfacer á su madre!

El pez, sépalo á la vez,
siempre muere por la boca;
ya sabe lo que le toca:
por la boca muere el pez.»

(Me partió.) Morena mia,
tuyo soy y Dios testigo...

TORIBIO. Lo que es esta vez, amigo,
no tuvo usted punteria.

JUAN. ¡Ah! por fin me refresqué.

Buen proyechito y mandar.
Hemos venido á cazar
y aquí el cazado es usté.

PEDRO. ¡Bien! ¿y es algun prejuicio?
TORIBIO. Mas listu ha sidu Carranza.
PEDRO. ¿Qué sabes tú de ordenanza?
¡si me lo disen de ofisio!

MÚSICA.

Rosk. Pedro Ponce y Juanito Carranza
como es de ordenanza
suplican aqui,
que entre tantos amables señores
estos cazadores
no tengan mal fin.

A los autores
alhagarás
si una palmada
das al final.
Tobos. Si una palmada
das al final.

Representado en el Teatro Español de Barcelona, en la noche del
7 de agosto de 1878, a beneficio de la primera
Compañía de D. Consuelo Montañés.

FIN.

MADRID.

EDITOR—D. EDUARDO HIDALGO.

SEVILLA, A. PRINCIPAL.

1878.

PUNTOS DE VENTA

MILANO

Libreria de la Piazza de' Miracoli, calle de S. Andrea
de B. de S. Andrea, Piazza de' Miracoli, de S. Andrea
Libreria de S. Andrea, y de S. Andrea, calle de S. Andrea

NOVELLAS

En casa de las señoras de S. Andrea, Piazza de' Miracoli
Puede tambien comprarse en casa de S. Andrea, Piazza de' Miracoli
tambien a casa de S. Andrea, Piazza de' Miracoli, en el punto de S. Andrea
de S. Andrea, Piazza de' Miracoli, en el punto de S. Andrea
de S. Andrea, Piazza de' Miracoli, en el punto de S. Andrea

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Carmen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hácerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.